

despojé al infierno, y he destruido el reino del pecado y la tiranía de la muerte. Yo á quien ha sido dada toda la potestad en el cielo y en la tierra (1), os envío por el mundo como mi Padre me envió á mí, asistiendo con vosotros, como él asistió conmigo: yo vuestro Maestro y protector, cuyo poder, liberalidad y amor habeis experimentado, y soy el mismo que solia: yo estoy con vosotros, y soy vuestro compañero invisiblemente, como hasta aquí lo he sido corporalmente.

2. *Modos de estar Dios con nosotros.*—Y en decir, *Vobiscum sum*, abraza todos los modos que hay de estar con ellos.—El primero es comun á todas las criaturas con las cuales está presentísimo, dándolas el ser, vida y movimientos que tienen.—El segundo es comun á todos los justos, con los cuales está por gracia dándoles la vida sobrenatural y las virtudes.—El tercero es especial á los muy escogidos, con los cuales está con particular providencia, cuidando de ellos, y obrando por ellos obras grandes y maravillosas.—El cuarto es por el Santísimo Sacramento del altar, en el cual asiste real y verdaderamente, en cuanto Dios y en cuanto hombre, para ser nuestra comida y sustento espiritual. De todas estas maneras está nuestro Señor en su Iglesia cuidando de ella y gobernándola, como el rey está en su reino, el piloto en su navío, el padre de familias en su casa, y el maestro en su escuela; y todo esto promete cuando dice: yo estoy con vosotros: esto es, con vosotros que representais mi Iglesia universal, y con vosotros que sois mis discípulos queridos, y con todos los que os imitaren y siguieren. Gracias te doy, dulcísimo Jesús, por tan liberal y magnífica promesa como haces á tu Iglesia, y á los discípulos de tu escuela. ¡ Dichosos aquellos con quien estás con tan regalados modos de penitencia! ¡ Oh si siempre estuvieses conmigo de esta manera, para que siempre yo estuviese contigo, sirviéndote y amándote, sin apartarme de tí por todos los siglos! Amen.

PUNTO TERCERO.—1. Lo tercero, se ha de considerar la continuación y duracion de esta presencia, que se declara en las dos palabras postreras: *Todos los días, hasta la fin del mundo.* De suerte que Cristo nuestro Señor está con nosotros, no días interpolados, un día sí y otro no, sino todos los días y todas las horas y momentos del día: y no por tiempo limitado de mil ó dos mil años, sino hasta que el mundo se acabe; en lo cual nos asegura que su Iglesia durará hasta la fin del mundo, y por consiguiente sus leyes, Sacramentos y

(1) Matth. xxviii, 18.

sacrificios; y así que el día de hoy está con nosotros, y el de mañana estará tambien hasta el día postrero: y acabado el mundo, estará con los suyos mucho mejor, por otro modo mas excelente que dure toda la eternidad. Por todo lo cual tengo de dar gracias á este Señor, y suplicarle me haga participante de esta merced, que siempre en todo tiempo y lugar esté conmigo, sin apartarse ni un solo momento de mí, hasta la fin de mi vida, proponiendo no me apartar, ni olvidar de él en cuanto me fuere posible, acordándome de lo que dice san Agustin: *Sicut nullum est momentum, quo homo non fruatur, vel utatur pietate divina, sic nullum debet esse momentum, quo eum presentem non habeat in memoria. Como ningun momento de tiempo hay, en el cual el hombre no goce y se aproveche de la divina piedad; así no ha de haber momento, en el cual no le tenga presente en su memoria* (1). Justo es, Dios mio, que pues tú siempre estás conmigo, y me tienes presente delante de tí; yo tambien siempre esté contigo, y te tenga presente delante de mí. Mas porque esto excede á mis flacas fuerzas, concédeme por tu gracia lo que deseo, pues con ella me será fácil lo que sin ella no puedo.

MEDITACION XVI.

DE VARIAS APARICIONES QUE HIZO CRISTO NUESTRO SEÑOR A SUS DISCIPULOS LOS CUARENTA DIAS QUE ESTUVO CON ELLOS, Y DEL MODO COMO ESPIRITUALMENTE VISITA LAS ALMAS, FIGURADO POR ESTAS APARICIONES.

PUNTO PRIMERO.—1. Demás de las apariciones que quedan referidas, es cierto haber habido otras muchas, por lo que dice san Lucas: *Que á sus discípulos se mostró vivo con muchas señales, por cuarenta días, apareciéndoseles, y hablándoles del reino de Dios* (2). En las cuales palabras se han de considerar algunas cosas que tocan á estas apariciones, ponderando juntamente el espíritu que está en ellas, en cuanto representan las visitas espirituales que Cristo nuestro Señor hace invisiblemente á las almas.—Lo primero, se ha de considerar como Cristo nuestro Señor, por espacio de estos cuarenta días, aunque estaba siempre con sus discípulos invisiblemente, al modo que queda referido, pero de cuando en cuando, para su consuelo, se les mostraba vivo, resucitado y glorioso, probándoles con varios argumentos muy eficaces, ser el mismo que habia muerto. Unas veces

(1) In Manuali, c. 29; D. Bern. de interiori domo, c. 9.

(2) Act. 1, 3; D. Thom. 3 p. q. 53, art. 5 et 6.

dándoles á tocar sus llagas, otras comiendo con ellos, otras haciendo algunos milagros, como entrar cerradas las puertas, pescar muchedumbre de grandes peces, y otras alegándoles razones y testimonios de las divinas Escrituras que hablan de esto; y de esta manera los alentaba y consolaba cada vez que se les aparecía.

2. Esto mismo hace Cristo nuestro Señor con las almas de sus escogidos, con las cuales, al modo arriba dicho, está invisiblemente todo el tiempo de su vida, figurado, como dice san Agustin (1), por estos cuarenta dias, pero de cuando en cuando se les aparece; esto es, las visita interiormente, y las regala y consuela, dándoles algunas señales y testimonios de su presencia, con especiales inspiraciones y afectos de amor, con dulzuras y devocion sensible, que es refeccion del espíritu, con mudanzas maravillosas que obra dentro del corazon, y con ilustracion é inteligencia de verdades de la Escritura que les comunica. Por estos argumentos, *Probet seipsum vivum*, se les muestra vivo; y conocen que quien está dentro de ellas es Dios vivo, y que como vivo obra en ellas tales obras. Y cuando comulgan, algunas veces tambien se les muestra vivo de esta manera, dándoles señales de que han recibido el pan vivo que bajó del cielo: porque les comunica alguna luz, ó amor, ó deseos y propósitos de nueva vida, dolor de pecados y afectos encendidos de devocion, por los cuales conocen que lo que han recibido no es pan solo, ni cosa muerta, sino viva. Ó Dios invisible, presentísimo y ausentísimo, que á veces te escondes de manera, que parece estás muy ausente, y á veces te descubres de modo que echamos de ver que estás muy presente; ven, Señor, á mi alma, y visítala con tu dulce presencia, muéstrateme como Dios vivo y verdadero, haciendo en mí tales obras, que dén testimonio de quién tú eres. Ó Amado de mi corazon, concédeme que de tal manera te reciba en el Sacramento, que luego eche de ver que he recibido pan vivo y pan de vida (2): mi alma ha tenido sed de tí, Dios fuerte y vivo, no la dejes, Señor, hambrienta y sedienta, no quede seca y desmedrada, como si hubiera recibido cosa muerta.

3. De aquí tengo de sacar algunos avisos.—El primero, que aunque Dios está presente en todo lugar y dentro de mí; pero por mi culpa no se me muestra como Dios vivo, ni siento efecto de su presencia, ni me acuerdo de él mas que si no estuviera presente, ó como si fuera cosa muerta; y así he de procurar quitar las culpas y con-

(1) Lib. 2 de consensu Evang. c. 4; D. Thom. 3 p. q. 55, art. 3.

(2) Psalm. XLI, 3.

gojosos cuidados que me impiden tanto bien.—El segundo, que muchas veces comulgo, y no siento que he recibido á Dios vivo, antes me quedo como si hubiera recibido cosa muerta, porque mi ruin disposición no merece que Cristo nuestro Señor me consuele, ni obre en mí señales de su viva presencia.—Lo tercero, que los argumentos que da Dios de su presencia, son argumentos de Dios vivo y verdadero, á diferencia de otros que suele contrahacer el mal espíritu, transfigurado en ángel de luz, y con máscara de Dios, siendo Dios falso y fingido. Y así tengo de suplicarle, que cuando me hiciere merced de visitarme, sea con efectos propios suyos, librándome de los engaños de Satanás, y de los que suele tramar mi propio juicio errado y desatinado.

PUNTO SEGUNDO.—1. Lo segundo, se ha de considerar como en estas apariciones Cristo nuestro Señor hablaba con sus discípulos del reino de Dios. Unas veces trayéndoles á la memoria algunas cosas que les habia dicho antes de su muerte. Otras veces descubriéndoles nuevos misterios y secretos pertenecientes á los Sacramentos y sacrificios, y modos del culto divino, de los cuales muchos se conservan ahora por tradicion. Otras veces, como maestro, les declaraba las divinas Escrituras, dándoles luz para que las entendiesen. Finalmente, nunca les hablaba de cosas vanas, ó curiosas, ó impertinentes, sino solamente de las que pertenecian al reino de Dios, esto es, á la justicia, paz y gozo en el Espíritu Santo, para bien de su Iglesia (1). Y en estas pláticas algunas veces les reprendia por su incredulidad y dureza. Otras veces les alentaba y esforzaba, y les abrasaba el corazon en su amor; pero siempre los dejaba con paz y consuelo, sin que se cansasen de oírle hablar.

2. Esto mismo hace Cristo nuestro Señor cuando espiritualmente visita las almas, á las cuales siempre en estas visitas habla algunas palabras al corazon, conforme á lo que dice David: *Oíré lo que habla en mí el Señor, porque hablará paz para su pueblo* (2). Y á lo que dice por Oseas: *Llevaréla á la soledad, y hablaréla al corazon* (3). Estas palabras son por inspiraciones é ilustraciones secretas, en las cuales no les dice cosas vanas, ni curiosidades impertinentes, sino solamente las que pertenecen al reino de Dios, á la justicia y santidad, y ejercicio de las virtudes, á la paz de la conciencia con Dios, consigo y con sus prójimos, y al gozo puro en el Espíritu Santo, descarnado del gozo sensual y mundano. Unas veces les trae á la memoria cosas que han leído ú oído, dándoles vivo sentimiento de

(1) Rom. XIV, 17. — (2) Psalm. LXXXIV, 9. — (3) Osee, II, 14.

ellas. Otras veces les descubre nuevas verdades, y les infunde nuevos afectos, que nunca habian tenido: unas veces les reprende de sus faltas y tibiezas; otras les exhorta y alienta á la perfeccion. Y por estas pláticas tambien se descubre que es Cristo el que habla, porque las pláticas del espíritu del demonio, mundo y carne son muy contrarias á éstas. (*En el punto 3.º se dirá de esto*). Ó amantísimo Salvador, ven al alma de tu siervo, visítala, y háblala al corazón, como sueles, del reino de Dios, para que cobre cada día nueva estima y amor de este reino, y nunca cese de buscarle, hasta que le alcance con perfeccion en esta vida, y despues le vea y goce claramente en la otra.

PUNTO TERCERO.—1. Lo tercero, se ha de considerar algunas propiedades de las visitas de Cristo nuestro Señor, que resplandecen en estas apariciones que hizo á sus Apóstoles.—La primera, estas apariciones no eran continuas sino interpoladas, y de cuando en cuando, aunque á unos con mas frecuencia que á otros, por su mejor disposicion, y por el mayor deseo de ver á Cristo. Es de creer que á la Virgen nuestra Señora apareceria cada día, ó muy á menudo: á san Pedro mas veces que á otros, por su mayor fervor y amor. Así tambien las visitas de Cristo nuestro Señor á las almas son interpoladas, ó menos frecuentes, conforme á la voluntad del Señor que las visita, y á la dignidad y fervor de la que ha de ser visitada: y así á mi cuenta está tener siempre, como los Apóstoles, un ardiente deseo de ver á Cristo nuestro Señor, y gozar de su presencia y visita interior, no por mi solo gusto, sino porque le amo, y querria estar siempre con él, por el grande bien que de aquí resulta; y como la Esposa puedo decir á los Ángeles, y almas de los bienaventurados: *Adjuvoos, hijas de Jerusalem, que si halláreis á mi Amado, le digais como estoy enfermo de amor* (1); deseando su dulce presencia, para confortar con ella mi flaqueza.

2. La segunda propiedad es, que estas apariciones eran de repente, y cuando menos pensaban los Apóstoles; duraban poco tiempo, y á veces de repente se les desaparecia, como á los discípulos de Emaús, dejándolos, como dicen, con la miel en la boca. Así tambien las visitas interiores suelen venir de repente, y cuando mas descuidados estamos: y tambien suelen durar poco tiempo, y de repente se acaban, porque quiere nuestro Señor que andemos en esta continua mudanza, colgados de su misericordia, y que un poco le veamos, y otro poco no le veamos (2); un poco estemos alegres con su

(1) Cant. v. 8. — (2) Joan. xvi. 16.

presencia, y otro poco tristes con su ausencia, y deseosos de que vuelva. Y así dice san Bernardo, que en esta vida puede haber alegría con la presencia del Esposo, pero no hartura, porque aunque nos alegra su visita, pero moléstanos la mudanza; y cuando viene, *Est rara hora, brevis mora* (1); es pocas veces, y por poco tiempo, porque este silencio que se hace en el cielo del alma justa, apenas dura media hora (2). En lo cual nos hemos de conformar con la divina voluntad, ciertos de que todo va encaminado á nuestro mayor provecho.

3. La tercera propiedad es, que así como las apariciones no eran siempre á un mismo tiempo, ó lugar, ó en una misma ocupacion, sino en diferentes, porque á la Magdalena se le apareció en el huerto, junto al sepulcro; á dos discípulos en el camino de Emaús; y á los once Apóstoles en el cenáculo; á otros siete á la ribera del mar, y á otros en el monte de Galilea; así tambien las visitas interiores no tienen lugar, ni tiempo, ni ocupacion determinada; porque suelen suceder en la oracion, y en la leccion espiritual, en la mesa, ó en el ejercicio de alguna buena obra: á veces en el recogimiento y en el día de fiesta, y á veces en el campo y en el día de trabajo, porque quiere nuestro Señor que en todo tiempo, lugar y ocupacion estemos aparejados de tal manera, que no pongamos impedimento á su visita y consolacion, y que siempre estemos colgados de su providencia, porque, *spiritus ubi vult spirat, el espíritu inspira, donde quiere* (3), visitándonos con sus inspiraciones, en el lugar y tiempo y ocasion que le parece.

4. La cuarta propiedad es, que en estas apariciones algunas veces precedian visitas de Angeles, otras veces se mostraba Cristo nuestro Señor en diversa figura y traje, y poco á poco se iba manifestando; y otras veces de repente se manifestaba del todo, ya con mucho resplandor, como á la Virgen nuestra Señora, ya con poco, conforme á la disposicion de las personas á quien se aparecia; de la misma manera en las visitas espirituales de las almas, comunica nuestro Señor la luz y conocimiento de su divina presencia, y los demás favores interiores, en varios modos, conforme á la ordenacion de su eterna sabiduría, y á la disposicion de las almas á quien visita. Lo que de nuestra parte hemos de procurar, es un ánimo generoso y confiado, esperando y deseando de nuestro Señor, no menos que á él mismo, y pidiéndole siempre lo mejor, y lo que mas

(1) Serm. 32 in Cant. — (2) Apoc. viii, 1; D. Greg. lib. XXX Moral. c. 12.

(3) Joan. iii, 8.

le agrada, porque esta grandeza de confianza y esta generosidad de corazon, como dice san Bernardo (1), alcanza de Dios grandes cosas, á imitacion de un Moisés, que dijo á Dios: *Ostende mihi teipsum: muéstrateme á ti mismo*, y oyó por respuesta: *Ego ostendam omne bonum tibi; yo te mostraré todo el bien* (2). Y de un David que decia: *Á ti dijo mi corazon, mi rostro te buscó, y tu rostro buscaré* (3); y con esta determinacion llegó á tanta alteza, que vino á decir: *¿Qué tengo yo en el cielo; y fuera de ti, qué otra cosa deseo yo sobre la tierra* (4)? Estos y otros afectos semejantes puedo despertar en mi corazon, diciendo á Cristo nuestro Señor, unas veces como san Felipe: *Señor, muéstranos á tu Padre, y bástanos* (5). Otras veces como la Esposa: *Ó Amado de mi alma, muéstrame dónde apacientas, y sestas á mediodía* (6); descúbreme con tu lumbre celestial el lugar donde al mediodía con ferviente amor dormiste el sueño de la muerte, y adonde con luz clara, como de mediodía, manifiestas á los bienaventurados tu soberana gloria. Y descúbreme tambien los caminos del fervor para que aproveche y crezca en tu servicio, sin parar hasta que llegue á la luz del perfecto dia. Amen (7).

MEDITACION XVII.

DE LA APARICION DE CRISTO NUESTRO SEÑOR Á SUS APÓSTOLES EL DIA DE LA ASCENSION.

PUNTO PRIMERO.—1. Llegado el dia que Cristo nuestro Señor habia determinado subirse á los cielos, como habia amado á los suyos, que estaban en este mundo, al fin les dió mayores señales de amor; y para esto aquel dia se apareció á los discípulos en el cenáculo, estando comiendo, y comió con ellos amigablemente (8), con grandes muestras de amor; y luego les dijo como aquel dia se habia de partir para su Padre: y es de creer, que para consolarlos de la tristeza que esta nueva les causó, renovó algunas de las razones que les dijo en el sermón de la cena.—Lo primero, les diria: *Voy á aparejar lugar para vosotros, y otra vez vendré y os llevaré conmigo, para que donde yo estoy esteis vosotros* (9). Como quien dice: Yo subo al cielo, para abrir sus puertas y dar entrada á los justos que le han merecido, para que gocen de las moradas que están aparejadas en

(1) Serm. 32 in Cant. — (2) Exod. xxxiii, 18. — (3) Psalm. xxvi, 8.

(4) Psalm. lxxvii, 25. — (5) Joan. xiv, 8. — (6) Cant. i, 6. — (7) Prov. iv, 18.

(8) Act. i, 4. — (9) Joan. xiv, 2.

la casa de mi Padre: alegraos, que yo volveré por vosotros en la hora de vuestra muerte, y os llevaré conmigo, poniéndoos en el lugar que mi Padre os tiene señalado. Ó Amado mio, subid en hora buena al cielo, pues es vuestro, y para Vos principalmente fué criado; pero no os olvideis de volver por mí, para que yo llegue á estar donde Vos estais, ayudándome con vuestra gracia, para que sea digno de que me admitais en vuestra gloria.

2. Luego les diria la otra razon: *Si me amais, habeis de holgaros, porque voy á mi Padre, porque mi Padre es mayor que yo* (1): Que es decir, si me teneis amor, habeis de holgaros de mi honra y de mi contento, porque subo á mi Padre, que está en los cielos, el cual es mayor que yo, en cuanto soy hombre, y me ha de honrar y glorificar, poniéndome á su mano derecha, adonde goce con quietud del reino eterno que con mi pasion he conquistado. Gózome, ó dulce Jesús, de que subais á vuestro Padre, porque os amo mas que á mí, y deseo mas vuestra honra que la mia. Y pues vuestro Padre tambien lo es mio, tengo grande confianza que despues me llevaréis á gozar de su divina presencia.

3. Lo tercero, añadiria tambien: *Á vosotros importa que yo me vaya, porque si no me fuere, no vendrá el Consolador; pero si me fuere, yo os lo enviaré* (2). Como quien dice, no solo importa á mi honra el subirme al cielo, sino tambien á vuestro provecho, para que se perfeccione vuestra fe, y se levante vuestra esperanza, y se purifique vuestra caridad, y venga del cielo la plenitud del divino Espíritu, porque si yo no subo, no vendrá á vosotros el Espíritu Santo; así porque está decretado que yo suba primero, y desde allá os le envíe, como tambien porque vosotros no estais bien aparejados para recibirle, porque estais apegados con un modo de amor carnal á mi corporal presencia; y es menester que os descarneis de ella, para recibir don tan soberano. Por tanto, alma mia, mira bien que tu Dios es espíritu, y quiere ser amado con amor espiritual, desnudo de todo resabio de amor propio. Y si amar la presencia corporal de Cristo, con amor menos puro y algo interesado, impide la venida del Espíritu Santo, ¿cuánto mas la impedirá amarte á tí misma, ó á otra criatura alguna con amor desordenado? Ó dulce Salvador, gobernad como quisiéredes mi alma; y si para su provecho es menester que os ausenteis de ella, cuanto al consuelo sensible, hágase vuestra voluntad, porque cierto estoy que á su tiempo la da-

(1) Joan. xiv, 28. — (2) Joan. xvi, 7.